
PATRIMONIO CULTURAL Y GLOBALIZACION

POR CLAUDIO MALO GONAZALEZ

El tiempo humano

La dimensión temporal hace presencia más fuerte en los seres vivos. Toda vida tiene un comienzo y un final, entre cuyos extremos se dan cambios que responden a un ciclo. Para los seres humanos la dimensión temporal es mucho más cargada de sentido y significado ya que, gracias a la memoria, los pasados individual y colectivo forman parte de nuestras vidas, al igual que el futuro que da sentido a muchas de nuestras acciones.

Somos seres temporalizados, vivimos una secuencia de presentes que se explican gracias a una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en el pasado, y en gran medida se justifican tomando en cuenta acontecimientos que aún no ocurren, pero que los esperamos. Toda vida humana, al margen de su importancia, es un proyecto que se desarrolla en el tiempo con antecedentes que ya se dieron y con metas que aspiramos a que se den. Los éxitos y fracasos a lo largo del desarrollo de estos proyectos son partes de nuestras existencias.

Podemos superar las barreras de la muerte incorporando a nuestras existencias elementos hechos en pasados por personas o colectividades que dejaron de existir, un caso muy claro es el idioma materno a cuyo uso como, instrumento de expresión y comunicación nos incorporamos desde la infancia, o tantos y tantos cambios tecnológicos, modelos de vida, ideas y principios,

valores y creencias, nociones acerca de lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo. Ni de lejos nos agotamos en nuestras personas como individualidades, nos sentimos partes de colectividades pequeñas, medianas y grandes, nos consideramos beneficiarios de ellas, deudores y, a veces, acreedores. Siendo animales sociales por naturaleza, nos cobijamos en los otros y lo otro, pues, nunca nos resignamos a las fronteras que nos imponen nuestros cuerpos ni nuestras mentes.

Cultura y culturas

Esencial a la condición humana es la cultura, no solo en su sentido tradicional como resultado de un cultivo de nuestras facultades que culmina en conocimientos y capacidades desarrolladas, sino en el sentido antropológico de conjunto de ideas, creencias, actitudes, valores jerarquizados, tecnologías y sistemas de pensamiento y comunicación, de acuerdo con los cuales organizamos nuestras vidas como partes de grupos estructurados. Gran parte de lo que somos, es el resultado de los rasgos y complejos de la cultura a la que nos incorporamos luego y a aquello que introyectamos en nuestros seres como partes conformadoras de nuestras personalidades.

La cultura no nace con nosotros como los instintos, es una creación de los hombres modificada en el tiempo. En mayor o menor grado, todos contribuimos a estas innovaciones y nos sentimos partes de ellas y de lo que no ha cambiado. Somos creativos y somos creadores y estas capacidades las podemos poner en práctica individualmente, pero, quizás sin tener plena conciencia, como integrantes de colectividades. Nuestros organismos no se agotan en el tiempo, se prolongan mediante sistemas de reproducción genéticos; las culturas tienden también a reproducirse pero por medios no genéticos. Estas peculiaridades se ponen de manifiesto en la enorme y rica variedad de culturas que testimonian las casi inagotables posibilidades de nuestra especie.

Es legítimo hablar de cultura como de algo suprapersonal que se

manifiesta en los patrones para organizar la vida que tienen los hombres a diferencia de los demás integrantes del reino animal, pero es tanto o más legítimo hablar de culturas en el sentido de la diversidad de estas manifestaciones colectivas forjadas en el tiempo y que difieren entre sí. Las actitudes etnocéntricas que nos llevaban a juzgar a los otros conglomerados humanos con nuestros patrones y a valorarlos en la medida en que se coincidan o no con ellos, tienden a disminuir y, espero que a desaparecer. Por lo menos como tendencia, cada vez nos esforzamos más para aceptar lo diferente, intentamos seriamente comprenderlo y valorizarlo, desprendiéndonos de los condicionamientos de nuestras estructuras culturales.

Cuando hablamos de culturas, abordamos el problema desde lo múltiple y lo uno. Reconocemos la diversidad con mentalidad positiva, y volvemos a nuestro entorno humano con el afán de tomar conciencia de aquello que nos hace diferentes de los otros y que, al identificarnos como unos y distintos, robustece nuestra autoestima colectiva.

Patrimonio cultural.

A gusto o disgusto, en algunos casos obsesivamente, acumulamos bienes económicos provenientes del trabajo, o los heredamos. Su sumatoria conforma lo que denominamos patrimonio. Si trasladamos este limitado concepto de los individuos a las colectividades, si lo extendemos más allá de las limitaciones temporales de una vida y si lo enriquecemos despojándolo de su contenido pragmático cargado de egoísmo, y nos referimos a este término como el conjunto de realizaciones que a lo largo de los siglos han elaborado los pueblos en los ámbitos estéticos y vitales, llegamos al concepto entre, difuso y entrañable de patrimonio cultural, que es de todos y no es de nadie, que nos afianza en nuestro grupo destacando diferencias y nos proyecta a lo universal en cuanto reconocimiento a realizaciones fuera de lo común.

El tiempo humano es muerte y vida, extinción y perpetuación. Su tránsito

acaba con muchos elementos, pero al preservar lo que trasciende lo común, lo perpetúa y lo transforma, no en pertenencia de personas caducas y transitorias, sino en propiedad de colectividades que se sienten identificadas con los otros que a la vez son míos. No considero descabellado que realizaciones de nuestros días puedan ser consideradas partes de los patrimonios culturales de nuestra colectividad, pero lo usual es que estos elementos adquieran esta categoría al superar las pruebas del tiempo, al demostrar ante la conciencia colectiva que fueron capaces de superar el poder destructivo de la muerte y del olvido. El patrimonio cultural sería entonces una actualización del pasado al presente y, en consecuencia, un referente para la planificación hacia el futuro.

La memoria es el gran complemento de la temporalidad al dar unidad a nuestras existencias evitando su fragmentación y dislocación en el tiempo. Integrada al ser humano da sentido a la vida y tiende a ser selectiva. En condiciones normales rescatamos lo que ha sido positivo y gratificante en nuestras existencias y permitimos que se evapore y pierda consistencia lo insustancial y lo negativo. En la memoria colectiva este sistema de selección es más estricto agudizando nuestro sentido de valoración como grupo, nuestra tendencia a fusionarnos con el todo cultural y a gozar de las gratificaciones psicológicas de lo que es parte de nuestro ser, más allá de las fronteras del cuerpo, del espíritu y del tiempo.

Cultura cambio y tradición

La dinámica es inherente a toda cultura lo que conlleva cambio. Pese a la tendencia a que se reproduzcan por medios no genéticos los contenidos culturales de generación a generación, se dan cambios sobre todo por la interrelación que existe entre diversas culturas. Las posiciones frente a esta aparente contradicción: tradición - cambio difieren según las circunstancias. En algunos casos los grupos que controlan el poder se esfuerzan para mantener la situación como está, por considerarla buena o porque garantiza la permanencia de privilegios. En otros casos se alienta el cambio vinculándolo

a las ideas de progreso y modernización.

En el pasado, cuando social y legalmente estaban reconocidas las diferencias entre nobleza y estado llano, los que controlaban los poderes político, económico y religioso tendían a mantener “a la raya” a la plebe impidiendo que se “apropien” de una serie de rasgos propios de las élites. En la Colonia la vestimenta, por su poder simbólico estaba estrictamente regulada en su uso para los diferentes estamentos de la colectividad provocando sus transgresiones rechazos sociales y a veces sanciones legales. Había que mantener la diversidad como mecanismo para robustecer las jerarquías.

Con el advenimiento de la democracia, los gobernantes consideraban que una de sus tareas más importantes era “civilizar” al pueblo para, liberado de su ignorancia, poner a sus integrantes a la altura de los estamentos altos de la sociedad. Había que usar el poder y los recursos del estado para que los sectores populares tengan acceso a lo que consideraban la única forma de cultura. Mediante el sistema educativo formal, se establecían algo similar a “cruzadas” para extirpar rasgos propios de las culturas populares calificados unilateralmente como incultos y enemigos de la civilización y el progreso.

En los denominados países subdesarrollados hay sectores que consideran a los países desarrollados como modelos de excelencia cultural dignos de imitarse, siendo como contrapartida la tradición sinónimo de retraso y anquilosamiento del pasado. En nuestros países, luego de la independencia, se dio un fenómeno conocido con el nombre de “afrancesamiento” sobre todo en los estratos altos de la sociedad; consistía en imitar a Francia, sin beneficio de inventario, en áreas académicas, artísticas y en la vida cotidiana, convirtiéndose lo afrancesado en sinónimo de “buen gusto”. En nuestros días, en todos los estratos sociales, podemos hablar de una “americanización” que es la imitación irreflexiva de lo norteamericano en vestimenta, música, tipos de comida etc. No es raro encontrar “cholo boys” vistiendo blue jeans, masticando chicle y comiendo hot dogs o hamburguesas mientras escuchan música “in” norteamericana en idioma inglés que no lo entienden.

La cultura popular se inclina a preservar las tradiciones propias de cada comunidad partiendo del principio de que en ellas radica la identificación como grupo. Consciente o inconscientemente se considera que el cambio puede acabar con aquellos contenidos que proporcionan a las personas la satisfacción de sentirse parte de un grupo primario, lo que les brinda seguridad y sentido de pertenencia. En estas colectividades los niveles de comunicación son más profundos y se comparten áreas más amplias de vida. Los símbolos como mecanismos de comunicación, ideas y visiones de la realidad se legitiman por su reiterada repetición a lo largo de años. Cuando se pregunta a alguna persona por qué piensa o actúa de esta manera, una respuesta muy frecuente es: “porque así lo hacían nuestros mayores”.

En la cultura popular, diversa en las múltiples comunidades, la tradición es parte esencial del patrimonio colectivo, está constituida por bienes cuya respetabilidad proviene del respeto que merecen los antecesores cuya sabiduría no se discute. Sus prácticas, rituales y ceremoniales, religiosos o no religiosos se transmiten celosamente de generación a generación siendo las personas de edad las depositarias de las mismas, lo que acrecienta su respetabilidad y su autoridad pues son portadoras de sabidurías del pasado.

Patrimonio cultural intangible

Siendo el patrimonio cultural aquello que una colectividad elaboró a lo largo del tiempo y que conserva contenidos del pasado, la tendencia generalizada ha sido identificarlo con vestigios arqueológicos monumentales o de piezas ceremoniales o propias de la vida cotidiana que enriquecen a los pueblos con su dimensión histórica. Forman también parte de estos patrimonios obras de arte, especialmente pinturas y esculturas, que respondieron en su época a concepciones estéticas predominantes y a tecnologías necesarias para su expresión.

Estos elementos patrimoniales tangibles no requieren en nuestros días del

aval de muchos siglos de distancia, siendo suficiente algunas décadas para darles estas características. Inicialmente se reducía este patrimonio a edificaciones monumentales como palacios y templos, siendo las casas habitacionales “antiguallas” que debían ser destruidas para dar paso a la modernización. El patrimonio cultural tangible ha ampliado sus dominios y se extiende a la imagen global de ciudades o poblados, a los materiales de sus calles, a sus dimensiones que responden a formas de vida diferentes, a usos y distribuciones de los espacios que tenían finalidades distintas a las actuales.

El patrimonio cultural intangible -término ideado y legitimado por la UNESCO hace pocos años- va más allá de los vestigios materiales siendo ellos, si es que son indispensables, resultados de elementos tradicionales no materiales. En una fiesta religiosa popular como el pase del niño, podemos apreciar una muy rica y colorida variedad de elementos como vestimentas, adornos, comidas, músicas y músicos, composiciones escenográficas, pero mucho más que lo material cuenta en esta procesión informal el contenido simbólico y un enorme conjunto de elementos que responden a tradiciones en las que se da una interpretación local de un hecho religioso universal, en este caso del nacimiento de Cristo. Es evidente que lo material tangible de esta procesión, pese a su riqueza, no es sino un soporte de elementos no materiales, intangibles que le dan vida.

Ante el temor -a mi manera de ver infundado- de los avances de la globalización que amenaza con convertirnos a los seres y grupos humanos en entes “talla única”, se puede observar una tendencia cada día más robusta a valorar la diversidad y a encontrar en ella, cuando tiene raigambre tradicional, los elementos identificadores de cada grupo comunitario cuyos contenidos más importantes están en la cultura popular.

La cultura elitista aspira a la homogeneidad y universalidad, mira hacia el futuro y tiene como meta incorporar a los conglomerados humanos tecnologías de punta provenientes de otras partes con muchos de los componentes adicionales que ellas portan. Una de las peculiaridades de la cultura popular

es la pluralidad y la diversidad, radicando en aquellos elementos que hacen a una comunidad diferente de otras su fuerza y su orgullo. Nuevas visiones de la realidad, provenientes en gran medida de los avances de la Antropología Cultural, valoran lo diverso como cualidad propia de la especie humana y de su creatividad, superando la actitud a considerar a las denominadas tradiciones populares prácticas vergonzantes propias de los ignorantes.

Además de las celebraciones populares -frecuentemente con raigambres religiosas, pero también sin ellas- que pueden llegar a la espectacularidad de los carnavales en muchas regiones del Brasil o las diabladas y morenadas de Oruro-, el patrimonio cultural intangible sobrevive con vitalidad, en muchos elementos del quehacer cotidiano u ocasional, como en las comidas tradicionales que con frecuencia son los certificados de identificación de pueblos y regiones como lo atestiguan los dulces de corpus y el mote pata en mi ciudad, en ciertos tipo de vestimenta que, siendo usadas por grupos humanos en áreas territoriales limitadas como símbolos, se han incorporado a países como es el caso de la chola cuencana que, indiscutiblemente es parte de nuestro patrimonio cultural.

Las artesanías, especialmente aquellas cuyos productos finales portan contenidos estéticos propios de las colectividades en donde se trabajan, pueden considerarse parte del patrimonio cultural intangible. Algunas piezas artesanales antiguas que se han conservado por sus características especiales podrían formar parte del patrimonio tangible, pero muchas de las contemporáneas, en las que cuentan además de los objetos terminados los procesos que tradicionalmente se repiten y conservan gracias a la enseñanza directa de padres a hijos o de maestros a aprendices, tienen altos contenidos intangibles. Varios tipos de artesanías están constituídas por piezas efímeras o de duración temporal, en el primer caso están los fuegos pirotécnicos que se agotan al ser quemados en las celebraciones o adornos para procesiones o fiestas como los arcos con que se adornan los recorridos. En el segundo cierto tipo de adornos y vestimentas que son usadas en pocas ocasiones como parte de los ceremoniales. Considero que, en ambos casos, podríamos hablar de partes del patrimonio cultural intangible.

Estos contenidos populares intangibles por mucho tiempo han sido las cenicientas del patrimonio cultural. Es necesario concederles el sitio que se merecen en colectividades que, conscientes de la importancia de la autoestima, han descubierto un venero pleno de vitalidad y encanto.

Cultura Popular y educación

No cabe poner en tela de juicio los beneficios de la educación en el mundo contemporáneo, para muchos es el único camino para lograr que pueblos y comunidades marginadas superen su condición de discriminadas. Puesto que los estados controlan los aparatos educativos, es posible pensar que a medida que más personas se incorporen a este servicio esencial, los contenidos elitistas se impondrán y acabarán eliminando lo popular y lo vernacular. Pío Jaramillo Alvarado, considerado el padre del indigenismo en el Ecuador, en su obra “El Indio Ecuatoriano” escrita en 1925 consideraba que la única manera para que los indígenas salgan de su lamentable marginamiento era incorporándolos a través de la educación a la cultura blanco mestiza, en otras palabras acabando con las culturas vernaculares.

En importantes sectores con capacidad de decisión, se ha superado la vieja idea de identificar cultura elitista con cultura en general. Se acepta que es conveniente y deseable aceptar la existencia de culturas populares y vernaculares y de preservar sus manifestaciones. Las estrategias que habría que emplear para lograr estos propósitos deben conformarse tomando en cuenta el fenómeno de la globalización que tiende a una homogeneización cultural y a la eliminación de las diferencias propias de las colectividades, por una parte, y el creciente afán de las comunidades por mantener sus identidades mediante la preservación de rasgos de diversa índole que los hacen diferentes de otras, dentro de un entorno en el que la intercomunicación es cada vez más rápida y se expande por grupos humanos cada vez menos aislados.

Un camino sería incorporar a los planes y programas educativos, en las

asignaturas que se presten a ello, temas que den a conocer elementos propios de las culturas populares y vernaculares, valorándolos por sus contenidos intrínsecos y demostrando que buena parte de nuestra identidad como pueblos y países se encuentra allí. No cabe por ningún concepto renunciar al sentido de identidad, es preciso mantenerlo y robustecerlo existiendo en los rasgos vernaculares y populares una fuente muy rica de elementos que cumplen con estos propósitos.

En contra de lo que pensaba Pío Jaramillo Alvarado, los servicios educativos de los estados deben tomar en cuenta las variaciones culturales de los diversos grupos e incorporarlas según las peculiaridades de cada uno de ellos. Limitándome al idioma, es plausible lo que está ocurriendo en algunos países latinoamericanos -conozco con más profundidad el caso del Ecuador- de introducir en la educación formal desde los inicios las lenguas propias de las etnias, con lo que se evita un prejuicio basado en experiencias reales consistente en pensar que, para educarse, había que eliminar el idioma vernacular porque era sinónimo de incultura.

Se podría pensar que la incorporación a grupos marginados de artefactos y servicios hijos de los avances científicos y tecnológicos no es compatible con la preservación de los rasgos culturales identificadorios. No estoy de acuerdo ya que no necesariamente ellos desplazan a los existentes. Al contrario, pueden ser utilizados para su mayor difusión. El grupo indígena amazónico Shuar del Ecuador, instaló en su organización una radiodifusora llamada Radio Federación, mediante ella organizó un sistema de alfabetización y luego de enseñanza a los integrantes de esta etnia que viven dispersos en la selva. Se inicia con la lecto-escritura en idioma shuar y español y a lo largo de los años de educación se recurre a elementos naturales y culturales propios del entorno. Se ha aprovechado en este caso un invento eficiente en la comunicación proveniente de otras partes, para mediante él difundir y robustecer la cultura Shuar. Si el proceso de interculturalidad es real, inevitable y deseable, no cabe pensar que es destructivo para las culturas populares y vernaculares. Todo depende de como se usen los elementos venidos de otras culturas. Un bisturí en manos de un cirujano puede salvar una vida, en manos de un delincuente

puede acabarla.

Respeto a la diversidad cultural

Es también importante robustecer una corriente que ya está en marcha: el respeto a la diversidad y la conciencia de que su existencia conlleva valores. Con las debidas diferencias, así como crece día a día la aceptación de lo conveniente que es en nuestro mundo defender la biodiversidad y evitar cualquier tipo de acción que pueda atentar contra ella, algo similar tiende a ocurrir con la diversidad cultural. Crece también día a día, en los sectores académicos, el interés por estudiar con seriedad las diferencias nacionales y étnicas porque se las considera valiosas y que merecen ser defendidas, en caso de que se encuentren amenazadas. El derecho a ser diferente como colectividad es inalienable. Thomas Hylland Eriksen, en el comienzo de su obra “Ethnicity & Nationalism” escribió:

“Palabras como grupos étnicos, etnicidad y conflictos étnicos se han vuelto comunes en el idioma y cada vez se usan más en periódicos, noticieros de televisión, programas políticos y conversaciones comunes. Igual ocurre con nación y nacionalismo. Muchos de nosotros tenemos que admitir que el sentido de estos términos es frecuentemente ambiguo y vago.

Se ha dado un fenómeno paralelo en las ciencias sociales. En las dos últimas décadas hemos sido testigos de una explosión de investigaciones y publicaciones sobre etnicidad y nacionalismo, especialmente en Ciencias Políticas, Historia, Sociología y Antropología Cultural.”

Es importante continuar adelante en la búsqueda de espacios para las culturas populares y vernaculares que los avances de la tecnología aplicada a la comunicación generan, como la televisión y el Internet, mostrando que se trata de realidades vivas y que no están condenadas a la extinción y destacando sus elementos de espontaneidad y solidaridad, que difícilmente pueden darse en los grandes conglomerados urbanos.

No hay que perder de vista que lo popular y lo elitista no son esferas aisladas e impermeables como las mónadas de Leibnitz, sino que hay una

permanente intercomunicación creativa y enriquecedora. Elementos estrictamente vernaculares o populares pueden ser integrados ricamente a obras elitistas, como ocurre con buena parte de las novelas latinoamericanas incluidas en la corriente que se denomina Realismo Mágico. Mediante un diseño bien entendido y honestamente practicado es también posible recurrir a rasgos vernaculares y populares para la elaboración de obras estéticas y funcionales.

En un mundo tan cambiante, es arriesgado hacer anuncios sobre el futuro, si bien es cierto que la prospectiva avanza en las Ciencias Sociales. Personalmente soy más optimista que pesimista en el futuro de la cultura popular que como toda realización del hombre está sujeta al cambio. Pero creo también que en el gran público aumenta el interés por su conocimiento y valoración. Esto no quiere decir que personas e instituciones que tenemos especial interés en su supervivencia y robustecimiento debamos “bajar la guardia”.